



TOMAR PARTIDO

Albert Nolan, O.P.

Tomado de: **Pastoral Popular** 37 (1) 20-25, 1986

Actualmente vivimos en un mundo en conflicto: entre gobiernos y pacifistas; entre sindicatos y patrones; entre feministas e instituciones dominadas por hombres. En El Salvador y en Guatemala los conflictos entre ricos y pobres cuestan numerosas vidas. En Africa del Sur se describe la situación en términos de "conflicto total" y los jefes militares hablan de "guerra total".

Puede haber opiniones diferentes respecto a la naturaleza de un conflicto particular: de si acaso es un conflicto racial o un conflicto de clases; de si puede resolverse por la negociación pacífica o sólo por la fuerza. Pero es indudable que para la mayoría de nosotros, los conflictos forman parte de todos los aspectos de nuestra vida.

Es necesario tomar partido

A nosotros los cristianos, esto nos plantea importantes preguntas: ¿Cuál debería ser nuestra actitud frente a los conflictos que nos afectan personalmente o a los que vemos alrededor nuestro? ¿Tendríamos que tomar partido o deberíamos siempre permanecer neutrales?

Digamos de partida que no se trata aquí de la cuestión de usar o no la violencia en la solución de los conflictos.

Por ejemplo: la gente de Irlanda del Norte puede desear ardientemente una Irlanda unificada, o sustentar la permanencia de una unión con Gran Bretaña -o sea, puede tomar partido-junto con rechazar el empleo de la violencia para alcanzar su objetivo.

En este documento no estamos discutiendo si hay o no ocasiones en las que puede justificarse el recurso a la violencia en la búsqueda de la justicia. En países como El Salvador, Guatemala y Africa del Sur, es a menudo casi imposible separar la cuestión de tomar partido y la cuestión de la violencia. Pero éstos son, sin embargo, dos problemas distintos y deben ser considerados separadamente a la luz del Evangelio.

Para muchos de nosotros, es obvio que hay conflictos que nos exigen una definición.

Pero, ¿qué hay, entonces, de la creencia cristiana en la reconciliación, el perdón y la paz? ¿Cómo tomar partido si uno ama a todo el mundo, incluso a los propios enemigos? ¿Y qué hay de la creencia tan difundida de que en todo conflicto el cristiano debe ser el hombre de la paz, que evita tomar partido por uno o por otro y se esfuerza por reconciliar las fuerzas opuestas?

Esta creencia se basa en una noción equivocada de la reconciliación. Cuántas veces hemos oído decir: "Seamos justos, tenemos que escuchar a los dos lados, siempre hay algo de cierto y algo de falso en ambos lados. Si lográramos sólo que la gente se sentara a la mesa para conversar de sus malentendidos y sus mutuos prejuicios, el conflicto podría resolverse". Tales afirmaciones pueden parecer muy cristianas, inspiradas por una auténtica preocupación por la verdad y la justicia.

Tres errores frecuentes

¿Dónde está la falla de tal argumento?

En primer lugar, para este argumento, la reconciliación es un **principio absoluto** que debe ser aplicado en todos los casos de conflictos. El modelo o ejemplo de conflicto que se tiene en vista es el de una "querrela privada" entre dos personas que están discutiendo sin buscar comprenderse y cuyas diferencias se basan en malentendidos. Pero no todos los conflictos son de ese

tipo. Existen conflictos donde una de las partes es injusta y opreme y la otra es víctima de la injusticia y la opresión. En tales casos es falso querer buscar un consenso y no tomar partido. La tarea de los cristianos no consiste en tratar de reconciliar el bien y el mal, la justicia y la injusticia. Por el contrario, la tarea de los cristianos consiste en eliminar el mal, la injusticia y el pecado.

El primer error es, entonces, pensar que los malentendidos son la causa de todos los conflictos y que ambas partes tienen siempre algo que reprocharse. No puede probarse que siempre sea así, ya sea en los conflictos entre individuos o en los conflictos entre grupos de la sociedad. La afirmación que sostiene que la falta se encuentra siempre en ambos lados de un conflicto es infundada y no tiene nada que ver con el cristianismo. Esta afirmación sólo puede salir de la boca de personas que no sufren la injusticia ni la opresión o que no son capaces de constatar verdaderamente la malicia y el pecado en el corazón de los acontecimientos.

El segundo error es pensar que uno puede permanecer neutral en todos los casos de conflicto. De hecho, la neutralidad no siempre es posible, y en los casos de conflictos causados por la injusticia y la opresión, la neutralidad es totalmente imposible. Si no tomamos partido por los oprimidos, estamos optando, aun sin quererlo, por los opresores. En tales casos, "tratar de juntar los dos lados" resulta de gran provecho para el opresor, porque así el "status quo" no es amenazado: se oculta la verdadera naturaleza del conflicto, se mantiene a los oprimidos silenciosos y pasivos y se trae una especie de pseudo-reconciliación sin justicia. La injusticia continúa, dando al mismo tiempo la impresión de que lo importante no era eliminar la injusticia sino disminuir las tensiones y los conflictos.

Esto nos lleva al tercer error, que consiste en decir, de manera general, que los cristianos siempre deben buscar la armonía, una vía media en todas las disputas. Esto implica, en último término, que las tensiones y los conflictos son considerados males peores que la misma injusticia y la opresión. Una vez más, ésta es una suposición falsa, basada en una falta de compasión con los que sufren la opresión. Aquellos que tienen miedo al conflicto, a la confrontación, aun no violenta, normalmente son aquellos que no están convencidos de la

necesidad del cambio. La prudencia de estas personas disimula un pesimismo por el futuro; pesimismo y falta de esperanza que no tienen nada de cristiano. O bien, usan la preocupación cristiana por la reconciliación para justificar una forma de escapismo de las realidades injustas y conflictivas.

Tomados globalmente, estos errores sobre la reconciliación cristiana no son simples malentendidos, sino que se fundan en una falta de amor verdadero y de compasión por aquellos que sufren, así como también en una falta de lucidez sobre lo que está realmente en juego en un conflicto grave. En último término, insistir en una neutralidad ilusoria en todo conflicto, es una manera de optar por los opresores.

La auténtica reconciliación

¿Cuál es, pues, el verdadero significado de la reconciliación?
¿Qué significa la reconciliación en la Biblia?

En la Biblia, la historia del Pueblo Judío es, en buena medida, una historia de sus conflictos con las naciones paganas. Dios no se contenta sólo con alentar el conflicto y la confrontación, sino que está siempre de nuevo ordenando al pueblo que se oponga a la tiranía, a la injusticia y a la inmoralidad de las naciones paganas. Uno de los mayores pecados de la nación judía era su intento de reconciliarse con las naciones paganas que la oprimían. Cuando el pueblo gritaba "¡Paz, paz!", Jeremías les respondía diciendo que no había paz y que nunca se daría paz si no había cambio o conversión.

En la actualidad, encontramos gente que ignora este mensaje bíblico, alegando que el Nuevo Testamento es diferente y que Jesús nos ha traído un mensaje de paz y reconciliación. Es cierto que una de las cosas que Jesús deseaba dar a sus discípulos era su paz y que El dijo: "Felices los artesanos de la Paz". Pero esto debe entenderse en el contexto de un dicho más notable que Jesús nos ha dejado en los evangelios de Mateo y de Lucas:

"¿Creen Uds. que yo vine a establecer la paz en la tierra?"

(La pregunta es interesante. Hace suponer que había, en efecto, quienes pensaban que Jesús había venido a establecer la paz sobre la tierra).

"Les digo que no, sino la división. En efecto, de ahora

en adelante, en una casa de cinco personas, habrá división: tres contra dos y dos contra tres; división de padre contra hijo y de hijo en contra de su padre; de madre contra hija y de hija en contra de su madre; de suegra contra nuera y de nuera en contra de su suegra" (Lc 12,51-53 y Mt 10,34-36).

La mayor parte de este dicho es una cita del profeta Miqueas (7,6) que deploraba los conflictos entre padres e hijos. Jesús cita al profeta para hacer presente que será precisamente este tipo de conflicto y discordia el que El provocará. Y efectivamente, es lo que El ha hecho. No porque El quisiera provocar discordias y conflictos, por el conflicto mismo, sino porque su toma de posición, nítida y clara, dividía inevitablemente a la gente entre los que estaban con El y los que estaban en su contra.

Además, en el conflicto que ya existía entre los fariseos y los llamados "pecadores", Jesús tomó el partido de los pecadores, de las prostitutas y los cobradores de impuestos, en contra de los fariseos. En el conflicto que existía entre los ricos y los pobres, El tomó el partido de los pobres. Jesús no trató a las partes en conflicto como si cada una de ellas tuviera en igual medida partes de verdad y error, o como si sólo les hiciera falta superar malentendidos o prejuicios mutuos. El condena a los fariseos y a los ricos con términos nítidos y claros y, por otro lado, perdona a los pecadores y bendice a los pobres. De hecho, entra tan radicalmente en conflicto con los fariseos y los ricos, que éstos se ponen de acuerdo para difamarlo, lo detienen, lo inculpan ante la justicia y lo ejecutan. Jesús, por su parte, no busca nunca ningún compromiso con las autoridades para llegar a una paz, una reconciliación o unidad, que habrían sido falsas.

Por otro lado, se dan casos en que Jesús sí se esfuerza por reconciliar gente que ha estado en conflicto, por ejemplo los judíos y los samaritanos, los zelotes y los cobradores de impuestos, algunos fariseos individuales y los pecadores o los pobres, etc. Y por esta razón, probablemente, Jesús fue considerado un hombre de paz.

¿Cómo conciliar, ahora, estas dos aproximaciones al conflicto, aparentemente contradictorias?

Jesús hace una distinción entre la paz de Dios y la paz del

mundo (Jn 14,27). La paz de Dios es una paz fundada en la verdad, la justicia y el amor. Por otra parte, la paz que ofrece el mundo es una paz y una unidad superficiales, que comprometen la verdad y que ocultan las injusticias; una paz y una unidad que se negocian por motivaciones egoístas. Jesús derribó esta paz falsa e incluso acentuó los conflictos para llegar a una paz verdadera y duradera. Para Él, no es cuestión de preservar la paz y la unidad a cualquier precio, ni menos a costa de la verdad y de la justicia. Más bien, se trata de promover la verdad y la justicia a cualquier precio, aun a costa de crear en el camino conflictos y discordias.

Tomás de Aquino mantiene la misma posición, cuando hace la distinción entre la paz y la concordia, e indica que la concordia es posible entre ladrones y asesinos, pero que la verdadera paz sólo es posible si se basa en un auténtico amor.

Diferentes tipos de conflicto

Hemos mencionado que hay diferentes tipos de conflicto. Debemos analizar cada situación para llegar a una respuesta adecuada. Cuando una de las partes tiene razón, debemos reconocerlo y optar por ella. Si la otra parte está equivocada y está en el poder, debemos oponernos a ella y destronarla del poder. Además, debemos analizar las razones del conflicto, los intereses en juego y las dinámicas de cambio que pasan por ese conflicto. Nos engañamos si pensamos que las conversaciones cordiales con ambas partes en conflicto serán suficientes para llevarlas a la reconciliación. Esto es una pura ilusión, especialmente cuando no se trata de conflictos entre individuos, sino entre grupos e intereses. Hay a menudo en acción fuerzas sociales que hacen el cambio y el conflicto mucho más difíciles y complicados que eso.

Por otra parte, se dan también casos en que ambos lados tienen fundamentalmente razón, en que ambos luchan por la justicia. En tales casos la reconciliación es muy importante para una solidaridad comprometida en una lucha común contra la injusticia. Y si, por el contrario, constatamos que ambas partes están equivocadas y forman parte del mismo sistema opresor, pues, entonces, debemos oponernos a ambas. Es evidente que no trataremos de reconciliarlas, ayudándolas a superar sus diferencias respecto a la forma más efectiva de oprimir

a los otros.

El conflicto estructural

Es importante caer en la cuenta de que, para descubrir la verdadera raíz de numerosos conflictos, debemos aprender a pensar en términos estructurales. En otras palabras, que aquí no se trata simplemente de individuos que pueden tener razón o estar equivocados, sino de cómo las sociedades están estructuradas, de manera justa o injusta, verdadera o falsa. A menudo lo que hay es un conflicto estructural entre opresores y oprimidos, entre ricos y pobres. No se trata de querellas personales. Tampoco es cuestión de culpar a las personas implicadas en el conflicto, ni de tratar a todos los que están de un lado como inocentes y a todos los que están del otro lado como culpables. La causa de los pobres y de los oprimidos es estructuralmente verdadera y justa, independientemente de los méritos o las faltas de los pobres en su vida personal y privada. Igualmente, la causa de los ricos y de los opresores es falsa, independientemente de la honestidad o la inconsciencia de las personas.

Así en el Magnificat o Canto de María, en el evangelio de Lucas, María canta que es Dios quien "derriba a los poderosos de sus tronos y eleva a los humildes, colma de bienes a los hambrientos y despide a los ricos con las manos vacías" (Lc 1,52-53). Esto no significa que Dios odie a los ricos y a los poderosos y que quiera destruirlos como seres humanos. Significa simplemente que Dios desea derribar a los ricos y poderosos de sus tronos, de sus posiciones en la sociedad, porque las estructuras de esa sociedad son injustas y opresivas.

Así es como nosotros debemos optar por los pobres si queremos optar por Dios; tomar el partido de los pobres si queremos estar en el de Dios. Nuestra opción debe ser por los pobres, por amor a los pobres, y también a los ricos en cuanto personas individuales. En efecto, la única manera de amar a todo el mundo, en una situación de conflicto estructural como la nuestra, es optando por los pobres y oprimidos. Todo lo demás es simplemente una manera de estar del lado de la opresión y la injusticia.

El amor a los enemigos

Lo dicho nos trae al tema del amor a los enemigos. En primer lugar debemos señalar aquí que el mandamiento de "amar a los enemigos" sólo tiene sentido cuando admitimos que tenemos enemigos y que ellos son auténticamente nuestros enemigos. Cuando la gente nos odia, nos maldice y nos oprime, Jesús no nos pide ignorar que esa gente son nuestros enemigos.

De hecho lo son. Cuando Jesús nos pide amarlos a pesar de todo eso, no quiere decir que debamos evitar todo conflicto o confrontación con ellos.

La confrontación y el conflicto no implican necesariamente el odio. El conflicto de clases y la lucha de clases, que los cristianos han sido tradicionalmente reacios a admitir, no implican necesariamente el odio. Puede que estas luchas sean el único medio eficaz de cambiar la situación, el único medio eficaz para derribar a los poderosos de sus tronos.

Los que sostienen y mantienen una distribución injusta de la riqueza y el poder, los que se aferran a sus tronos, son en realidad nuestros enemigos. Son enemigos de todos, incluso de sí mismos como seres humanos. En cuanto grupo o clase, nunca bajarán de sus tronos voluntariamente. Tal vez uno que otro individualmente pueda hacerlo, pero siempre habrá otro para reemplazarlo. La clase dirigente como tal nunca aceptará bajar voluntariamente: será necesario que la derribemos de su trono. No para sentarnos nosotros en ese trono o para poner a otros, sino para destruir ese trono.

La tentación para el cristiano es pensar que lo más conforme al amor es dedicarse a convertir uno por uno a los que están sentados en los tronos de la injusticia, y que así será destruido el sistema. Pero el cambio no ocurre de esta manera, porque mientras el trono permanezca, siempre habrá alguien para continuar la opresión. La única manera efectiva de amar a nuestros enemigos, es comprometerse en una acción que destruirá el sistema que los hace nuestros enemigos. Es decir, si queremos amar de verdad y construir una paz auténtica, debemos optar por los pobres y oprimidos, y confrontarnos con los ricos y poderosos sumándonos al conflicto y la lucha en contra de ellos, o más bien, en contra de lo que ellos representan y defienden.

En los países desgarrados por graves injusticias, la única manera de construir la paz como Dios la quiere, es no juzgar el conflicto a la distancia, sino comprometerse en él. Para poner un ejemplo bien cercano: en los países poseedores de armas nucleares, no se puede evitar el conflicto con el gobierno si se quiere llevar el mundo al desarme. Y más aún, es imposible "equilibrar" o reconciliar las necesidades de 40 millones de personas que mueren de hambre cada año en los países del Tercer Mundo, con las necesidades de los fabricantes de armas y de estrategias militares o con las exigencias de algunas naciones ricas que quieren, a cualquier precio, llegar a ser capaces de destruir a todo agresor potencial y de aniquilarlo varias veces. Es necesario tomar decisiones. Uno tiene que "tomar partido".

